



DIRECTORA

La Serma. Sra. D.^a María de la Paz de Borbón de Baviera,

INFANTA DE ESPAÑA

NÚM. 21

Salamanca 15 de Septiembre de 1907

AÑO II

EN BUSCA DE LA PIEDRA FILOSOFAL



AL puede intitularse el largo período comprendido en la historia de la química desde el siglo IV hasta el XVI de la era cristiana. Difícil es, sin embargo, precisar los límites del período alquímico, cuyas primeras huellas (1) se encuentran ya en los papiros sepultados con sus cadáveres por aquel pueblo extraño y sabio que erigió las pirámides en las márgenes del sagrado Nilo para eterno testimonio de su grandeza.

Allí, en los tenebrosos misterios del culto á Hermes Trimegisto, se idearon los métodos colorantes de que quedan huellas en sus dobles (2), en sus vasijas y en sus ídolos; de allí surgieron los procedimientos metalúrgicos destinados á

(1) Berthelot. *Les origines de l'alquimie.*

(2) Ataúdes de sus momias

rodear á sus reyes y á sus dioses de los resplandores de la divinidad; allí, también, el ácido cianhídrico extraído de la almendra amarga, sirvió para ahogar en el silencio de la tumba la voz del iniciado imprudente que revelara los prodigiosos misterios.

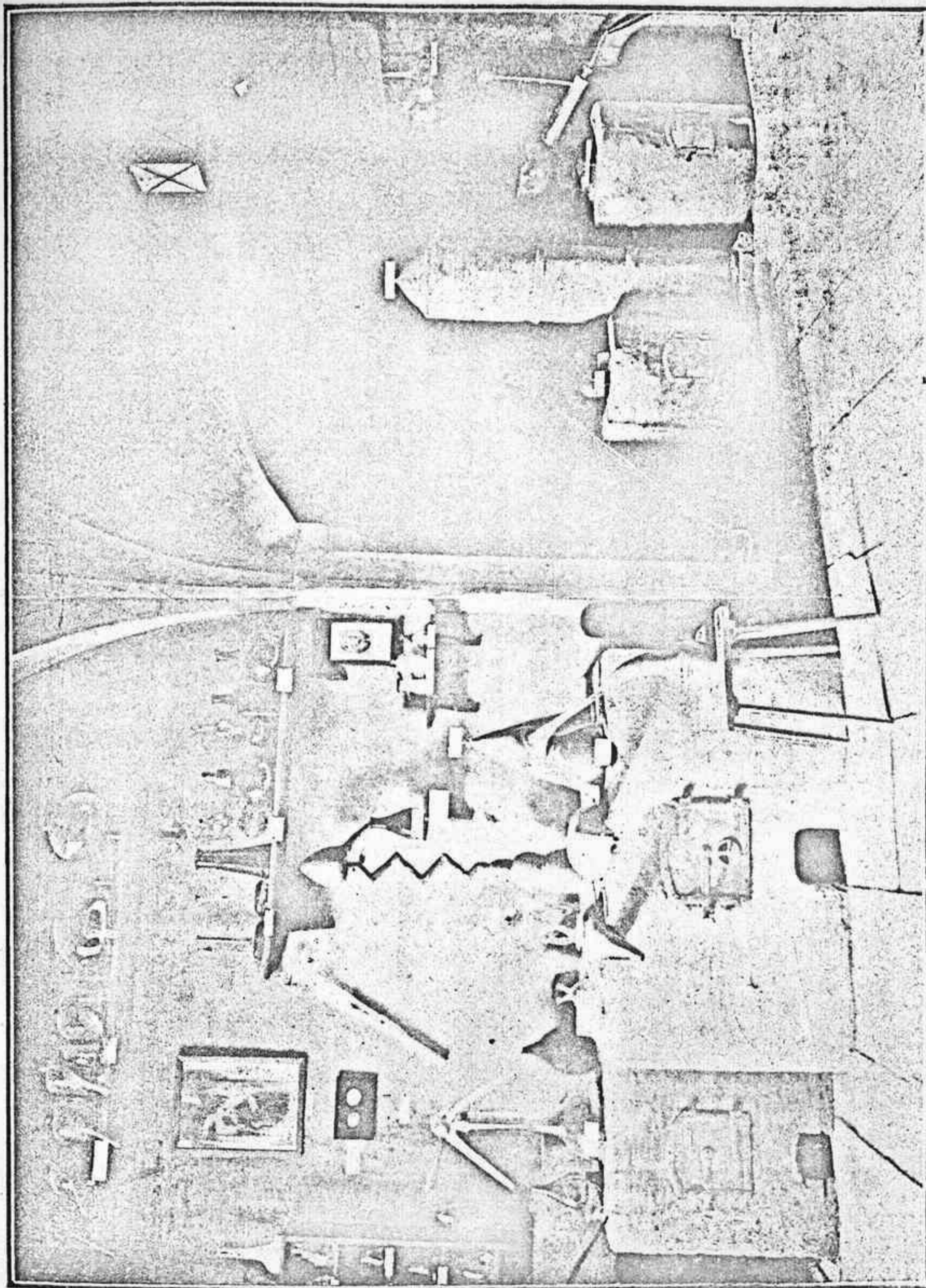
La escuela de los alejandrinos, nacida cuando la decadencia de la casta sacerdotal, permitió que se manifestaran los secretos de la sagrada esfinge, reunió todas las adquisiciones de la ciencia hermética en los manuscritos de sus representantes.

Entre ellos descuella Zósimo de Panópolis con sus recetas de carácter místico; síguenle en la labor vulgarizadora Sinesio, Obispo de Tolemaida y el célebre Olimpodoro, cuyos escritos coinciden con el más alto grado de esplendor alcanzado en el siglo v por la alejandrina escuela.

En el siglo vii las llamas, reduciendo á pavesas la famosa biblioteca de Alejandría, donde se había refugiado toda la cultura del mundo antiguo, alumbra con su resplandor siniestro la invasión victoriosa de los hijos del profeta congregados á la voz del fanatismo y de la voluptuosidad en falanges más apiñadas que las arenas del desierto. La cultura, á tanta costa lograda, va á perecer, desaparece en gran parte, pero la ciencia viviente en los espíritus del pueblo vencido con su fuerza de expansión irresistible, va á enseñorearse del conquistador y con él á buscar una corte de honor en la ciudad que los olivos rodean con su cinturón de perenne verdura, en la poética Córdoba y su escuela de Medicina hereda la ciencia secular de los hijos de Egipto y los médicos y alquimistas en sus cátedras formados constituyen una falange que, por el sólo influjo de su saber, pasa á ser ornato de las cortes cristianas y sus representantes ya envueltos en el obscuro ropón del nigromante judío, ora en el blanco alquicel del médico arábigo, son los físicos y consejeros íntimos de los Reyes y de los Pontífices

Entonces, en un largo período de siglos, se incubaba la ciencia alquímica confundida con la astrología y con la cábala; tiempos oscuros y revueltos que atraen como un imán las imaginaciones romancescas. Un pensamiento osado y soberbio ha invadido la mente del alquimista; desvanecido por sus conocimientos mismos, ante la ignorancia supina de un pueblo que se agita en su rededor en sempiterna lucha, no le

LABORATORIO QUÍMICO DE MUNICH



basta con buscar el elixir de larga vida que prolongue la efímera del hombre y que Göethe inmortalizara en las sublimes estrofas de su divino canto (1), busca también la piedra filosofal, es decir, el oro que completa los goces que la salud hace posibles, y en su locura sublime llega á pretender encarnarse con el espíritu del Creador constituyendo parte del alma del Mundo.

Nada más osado ocupó nunca la mente del hombre, ni nada, tampoco, que mejor se preste á las grandezas de la exaltación poética; por esto halla Göethe la inspiración sublime de sus inmortales estrofas, y Gounod y Boito las armonías musicales que nos entristecen y alegran, nos apasionan y deprimen, nos ilusionan y desesperan, cual si nuestro corazón fuera cera blanda con que juegan á su antojo los magos de la música.

El alquimista es el apoyo necesario del Príncipe y del caballero; cura las heridas cobradas en el juicio de Dios, combatiendo por la defensa del honor de la dama, aleja los indiscretos de la apartada torrecilla en que la ambición del Gran Maestro encerrara á la desventurada esposa (2), produciendo fuegos fátuos y luces verdosas, merced á ciertas combinaciones alquímicas, lee en las estrellas los presagios de favorables ó de funestos sucesos, excita los nervios del estragado señor para el combate amoroso y, finalmente, le promete cantidades fabulosas de oro que han de surgir al conjuro de ciertas palabras cabalísticas del enrojecido fondo de sus retortas.

Por fortuna, en medio de tan sombrío cuadro, el espíritu del bien, del trabajo redentor y de la ciencia honrada, anida bajo el ropón de algunos alquimistas, penitentes moradores, muchos de ellos, de los claustros cristianos, en cuya ascética

(1) Ha jwelche Bonne flesst in diesem Blick
Auf cinmal mir durch alle meine Sinnen!
Ich fühle junges heilges Lebensglück
Nenglühend mir durch Nerv und adern rinnen.

(Faust. Parte I).

(2) Sabido es que los Grandes Maestros de las Ordenes Militares, al menos durante cierto período, debieron guardar el voto de castidad. La leyenda atribuye un hecho de la índole á que nos referimos al Marqués de Villena, en tiempos de D. Enrique III, el Doliente.

soledad había buscado un seguro asilo contra la general revuelta de aquellos tiempos semibárbaros, la ciencia de la antigüedad.

Figuras admirables, inteligencias magníficas, muchas veces animadoras de guerreros penitentes, que los desengaños del mundo y la vanidad de sus locuras, lanzaba á buscar reposo en los píos asilos de los monasterios.

Entre estos doctos y eminentes varones encontramos á Alberto el Magno (1), fraile dominico y más tarde Obispo de Regensburg, condensando en sus obras *De Alquimia* y *De Rebus metallicis et minerabilitus* preciosos datos que marcan un punto de arranque á la cultura reconstituída; al español Raimundo Lulio (2), que, tocado de un desengaño amoroso, se retira al claustro, donde realiza prodigiosas operaciones alquímicas, coronando su vida dedicada á la ciencia y á la oración con el martirio que sufre en las misiones de Africa; al monje benedictino Basilio Valentino (3), que publica una monografía sobre el antimonio y sus compuestos, estudia el alcohol y descubre varias de sus combinaciones con los ácidos, y á otros muchos alquimistas cuya lista resultaría muy extensa.

La obra alquímica constituye, como consecuencia de tales trabajos, las raíces fecundas de la moderna química, que empezando con Lavoissier por introducir la balanza en la apreciación de los procesos de la materia, que el *flogisto* de Stahhal había lamentablemente equivocado, prepara la obra sintética en que el químico crea en el laboratorio las substancias más complicadas y preciosas de la industria y del arte, las más necesarias para el progreso material de las socieda-

(1) Alberto de Bollstädt, llamado el Magno, nació en 1193 en Laningen; ejerció su ministerio sacerdotal en varias ciudades de Alemania y Francia, siendo Obispo de Regensburg en 1260; se retiró de nuevo al claustro en 1265, muriendo poco después en Colonia

(2) Raimundo Lulio ó Lullus nació en Mallorca en 1235 de una noble familia, pasando su juventud en la brillante corte aragonesa, hasta que á los treinta años se retiró á un convento, donde realizó sus profundos estudios sobre filosofía y sobre Alquimia, muriendo en 1315.

(3) Basilio Valentino nació á principios del siglo xvii en Alemania del Norte, profesando como monje benedictino; sobre su vida reina una gran obscuridad

(Dr. Hugo Bauer. *Geschichte der Chemic*. Leipzig, 1905).

des, que no son oro, pero se pagan con oro en las transacciones mercantiles y crea los medicamentos, que valen más que el oro, porque son salud y vida.

Todas las narradas etapas de la más maravillosa de las ciencias positivas están representadas en el *Museo Alemán*, inaugurado recientemente en Munich, y de una de las cuales ofrecemos á los lectores una reproducción fotográfica, espléndida colección de todas las transformaciones y progresos de la ciencia y de las artes que constituye un nuevo motivo de legítimo orgullo para el pueblo germánico. ¡Qué contraste forman los frescos del antiguo edificio en que se halla provisionalmente instalado con los aparatos acumulados en las vitrinas!; representan aquellos episodios diversos de la historia bávara; por doquier restos ensangrentados, lanzas rotas, ejecuciones capitales, incendios devastadores, ruinas y desastres, la apoteosis, en fin, de la fuerza bruta, rara vez amparadora del derecho que se desarrolla en un siniestro escenario de crueldad y de muerte; abajo, los estantes repletos de aparatos que brillan á la luz de los arcos eléctricos, brindando al hombre consuelo en sus enfermedades, bienestar, alimento, riqueza y vida. Es quizá un símbolo del hijo de Germania manejando el microscopio con la mano derecha, mientras apoya la izquierda en la brillante hoja de su acero preparado al combate. Esta idea turba la plácida alegría que produce la contemplación de aquel museo de la Ciencia, nos hace meditar cuán lejos nos hallamos del triunfo de la justicia, qué escaso eco han hallado en el corazón del hombre las doctrinas sublimes del Crucificado; ¡ah! ¿cuándo llegarán á reinar por el general convencimiento? Entonces será la vida más hermosa y el cielo más azul, entonces solamente hallará aprecio el talento que no domina por las armas, entonces habremos encontrado la verdadera piedra filosofal.

AGUSTÍN MURUA Y VALERDI.

Catedrático de Química en la Universidad de Barcelona, de la Real Academia de Ciencias.





LA VOCACIÓN DE SANTA TERESA ⁽¹⁾

II



ESTABA entonces ya enemiguísima de ser monja, (2). Con frase tan candorosa, como humilde nos revela Teresa el cambio operado en su alma. En la infancia *gustaba mucho* la futura Reformadora del Carmelo de hacer monasterios y *deseaba ser monja*. Ahora nos manifiesta que estaba enemiguísima de serlo.

¿Cuál será la causa? ¿Qué influiría en el ánimo de Teresa para que se entibiara en los propósitos de su niñez? Vamos á

(1) Mucho tiempo hemos dudado en publicar este artículo de nuestro culto y elegante colaborador D. Luis Martín, no por otra causa que por el temor de que almas cándidas pudieran hallar en él conceptos extraños empañadores de la idea angelical que la santidad de Teresa de Jesús inspira. Puestas las cosas en la debida balanza y pasada la polvareda sectaria que provocó con sus audacias sacrílegas el malhadado Catulle Mendés, no tenemos inconveniente en su publicación, toda vez que se hacen las salvedades históricas de rigor, y el buen sentido cristiano de los lectores verá en el episodio juvenil de Santa Teresa un devaneo inocente y transitorio, en que se mostró la naturaleza humana en su flaqueza nativa sin menoscabo de la gracia santificante, reina y señora perpétua del alma grande destinada á Dios.

De estas bagatelas infantiles á las monstruosas ficciones del dramaturgo francés, hay un abismo... Y, sin embargo, no se halla en la vida de la Santa, tan diáfana y humildemente escrita, otro pretexto en que el desdichado Mendés pudiera fundamentar su retablo de falsedades y bellaquerías. Antes decíamos: —¡Así se escribe la historia! Ahora podíamos agregar: —¡Así se forjan las quimeras!

¡Y estamos en los tiempos de la apoteosis crítica...!

(2) *Vida*, capítulo II.

explicárselo á los lectores de LA BASÍLICA. Con grata complacencia damos principio á nuestra tarea, por juzgarla sumamente provechosa á varias personas, que acaso estén en las mismas circunstancias en que se halló Teresa de Jesús. ¡Es tan fácil resfriarse en la vocación religiosa! ¡Tan frecuente decaer de gracia sobremanera dadivosa de Dios! ¡Tan ordinario continuar en el siglo, á pesar de sentir en las recondideces del alma, voz celestial que invita á formar parte del gremio de los elegidos para ser puros como los ángeles, pobres á semejanza de Cristo, obedientes á estilo del Verbo humanado por amor nuestro! ¿No conocen mis lectores amables á personas á quienes vienen cual anillo al dedo las descripciones anteriores? ¿No? Pues á mí para trazarlas me suministró modelo la experiencia. Basta ya de discreteos; que nos cumple indigar las causas que á nuestro entender humildísimo soterraron bajo ceniza las *centellicas* de vocación religiosa con que Teresa fué favorecida por Dios allá en los años juveniles.

Yo comencé á quedarme en costumbre de leerlos—los libros de caballería—y aquella pequeña falta... me comenzó á enfriar los deseos... y parecióme no era malo, con gastar muchas horas del día y de la noche en tan vano ejercicio... Era tan extremo lo que en esto me embebía, que si no tenía libro nuevo, no me parece tenía contento (1).

Atiborrada la fantasía de Teresa con imágenes de vestiglos, endriagos y gigantes, cuya estatura era asaz elevada, cuyos brazos eran descomunales; llena la memoria de fazañas asombrosas, de lides sanguinolentas; recreada la voluntad con decir altisonante, galanteos de prez y de gloria; viviendo Teresa en el mundo ideal, donde por creación de poetas románticos viven los héroes de la caballería sin tacha, los campeones del honor, los adalides de damas atribuladas, los amparadores de doncellas, los desfacedores de agravios y entuertos, los mortales dichosos que en la tierra, en los mares y el infierno dan cima gloriosa á empresas épicas; ¿de qué tiempo había de disponer para afervorarse en los deseos de ser monja? Pensar en vida retirada, aficionarse á la penitencia y mortificación; gustar de las regaladas mercedes de oración fervorosa; el gozo suavísimo que inunda el alma cuando contempla los encantos de la pureza, los tesoros

(1) *Vida*, capítulo II

de la obediencia y las preseas de existencia pobre, á fe, á fe que no se avienen con la lectura de libros de caballería, ó de novelas, cual cierto dijera Santa Teresa, si hubiera de escribir en el siglo xx. ¡Aprendedlo bien, lectoras mías y lectores complacientes, en quienes hay vocación religiosa! Lecturas frívolas, ó la ahuyentan del alma, ó ájanla sobremanera.

Algún tantico apartada Teresa de su inmortal destino, comenzó *á traer galas y á desear contentar en parecer bien, con mucho cuidado de manos y cabello, y olores y todas las vanidades que en esto podía tener, que eran hartas por ser muy curiosas* (1). ¡Vamos! Que la jovencita Teresa se pasaba horas y horas en el tocador para salir á la calle con vestido muy compuesto, las manos con cutis finísimo, el cabello arreglado con primor, escondidas esencias que perfumaban el ambiente. ¡Donosa manera de seguir á Jesús, coronado de espinas, clavado de pies y de manos...! ¡Ay, Teresita! ¡Cómo te alejas de tu Esposo! ¡Cuánto le entristeces! Y tengo para mí que tu conducta es imitada hoy día por muchas Teresas, Rosarios, Puras, Filomenas é Inesitas. ¡Lectoras mías, que así os llamáis, ó con nombres parecidos! No me castigéis con mohines despreciativos. A ninguna de vosotras aludo en particular.

¿Qué fruto cosechó la joven Teresa con tanto aliño? *Andábamos siempre—los primos hermanos—juntos; teníanme gran amor; y en todas las cosas que les daba contento les sustentaba plática, y oía sucesos de sus aficiones y niñerías, no nada buenas* (2). ¡Vaya con Teresita! ¡Qué tratos los suyos! ¡Qué compañías las suyas tan á propósito para inflamarse en amor divino!

Y para remedio de males, topó la jugadora á monjas con una parienta de *livianos tratos; con ella eran—dice la Santa—mi conversación y plática, porque me ayudaba á todas las cosas de pasatiempo que yo quería, y aun me ponía en ellas y daba parte de sus conversaciones y vanidades. Y de tal manera me mudó esta conversación, que de natural y alma virtuosos, no me dejó casi ninguna señal, y me parece que me imprimía—la parienta amiga—sus condiciones* (3). El

(1) *Vida*, capítulo II.

(2) Lugar citado.

(3) *Vida*, cp. citado.

padre y la hermana de Santa Teresa *sentían mucho esta amistad, y reprendíansela muchas veces. ¡En vano! No les aprovechaban sus diligencias.* Con lágrimas de sangre lloró después Teresa sus vanidades; con penitencia rigurosa expió las culpas leves en que incurrió debido á compañías nada laudables y á consejera, que la impulsó á obras, nada conducentes al logro de la dicha de ser religiosa.

Alguien debió prendarse de Teresa y constituirse así, ¿de qué manera lo diré? como satélite de jovencita tan agraciada, que realzaba su buen parecer con los atractivos de oro peles encaretados.

Paréceme oír las frases melosas de algunas lectoras, que me dicen: ¿Por qué no escribió con más claridad? Somos curiosillas. Pues satisfaga vuestro deseo Santa Teresa. *Una cosa tenía que me parece me podía ser alguna disculpa; si no tuviera tantas culpas; y es que era el trato con quien por vía de casamiento me parecía podía acabar en bien, é informada de con quien me confesaba y de otras personas me decían no iba contra Dios (1).* ¡Válgame Él! Teresa, de las ansias de ser monja, pasó á los deseos de parecerle que por vía de casamiento acabaría en bien el trato que tenía con... un joven. ¡Oh debilidades del corazón humano! Ciertamente, cierto es que los santos han de luchar con pasiones cual las nuestras.

Resumamos. Santa Teresa de Jesús estuvo enemiguísima de ser monja, por lecturas frívolas, á causa de aliño extremo, por motivo de compañías no buenas del todo, y debido á un *satélite*. ¿No están algunas de mis lectoras en circunstancias semejantes? Allá su alma y palma. Antes de poner punto á este artículo, hemos de advertir, aunque excusado es para los lectores de LA BASÍLICA, que en los trances en que se halló la Santa no hubo quiebra ninguna de honestidad, ni comisión de pecado grave. No lo primero; pues Teresa nunca fué *inclinada á cosas de mucho mal; porque cosas deshonestas, naturalmente, las aborrecía*; no lo segundo; porque la Santa asegura en el mismo capítulo, donde narra sus culpas, que *no había dejado á Dios por culpa mortal*.

LUIS MARTÍN HERNÁNDEZ.

Alba de Tormes, 1-III-1907.

(1) *Vida*, cp. citado.



¡HASTA LA AURORA!

Espera, oh sol, espera: no impaciente
Apagues los destellos de tu frente.
No abandone tu luz al firmamento,
Que aún no sube la noche del Oriente.
Aún las tintas rosadas
Del día, adornan el azul palacio:
Sus cambiantes de nácar y de perlas
Y opalados fulgores,
Sus luces desmayadas.....
Tanta y tanta riqueza en el espacio,
Por tí solo reunida,
A diferir obligan tu partida.

Aún rasga caprichosa
Las quietas aguas, sin buscar su nido,
En rápido volar la golondrina:
Su cáliz abren las sedientas flores,
Las hojas de la rosa
Besan las auras suspirando amores,
Y el ave, en medio de las frondas trina.
Aún en la dulce, deleitosa calma
De la tarde serena,
Elevando hasta Dios el pensamiento,
Lo mismo que las aves canta el alma.
De la ilusión el sueño, que es su vida,
Se dora con la luz del firmamento,
Con la luz de tu frente desprendida.
Al menos un momento
Difiere, oh sol, la triste despedida.

¿Retirarás tan pronto la áurea lumbre
Que orna la veste del risueño día,
Y dejarás en honda pesadumbre

Al mundo todo que su *adiós* te envía?
 Refrena tu corcel, ó hunde de pronto
 Tu majestad, tu luz, tu movimiento:
 Perderte de repente aún triste fuera,
 Mas, al verte morir, en curso lento,
 Viste de luto la celeste esfera.
 Con claridad postrera
 La alta y borrosa cumbre se colora,
 Y de la tierra el linde el sol rebasa,
 Huérfano de la luz el cielo llora,
 La noche en tanto con premura pasa.
 ¡Hasta la aurora, oh sol, hasta la aurora!

¿Es funeral lamento
 El eco que en sus alas trae el viento,
 O es el distinto són de una campana?
 Es el toque del *Angelus*, solemne,
 Que al expirar el día
 Recuerda la grandeza de María,
 Y el instante divino,
 En que Jesús á sus entrañas vino
 Y en su sér maternal se concebía.

¡Inmaculada Virgen; oye el puro
 Acento de mi alma estremecida!
 Si en este dulce instante
 Todo convida á amar, luz de mi vida;
 Si en el silencio, casta y dulcemente,
 Besos de amor resuenan en la altura:
 Si hasta el amor enciende las estrellas.....
 Si hasta la flor que bajo el agua crece,
 Siente que se dilata su corola,
 Y de amor en efluvios se estremece,
 Y rompe el débil nudo
 Que en el fondo del río la aprisiona,
 Y alborozada de placer se mece,
 Y con luz de la luna se corona;
 Tú, virgen escogida,
 Más pura que la flor y que la aurora,
 De todos los amores fuente y vida;
 Comprenderás el dulce arrobamiento
 Que en esta hora al bendecirte siento.

Tu cándida pureza
 Copia el níveo jazmín y la azucena,
 La palmera tu noble gentileza:
 Eres de gracia llena,
 Como el fecundo manantial que nace,
 Y la sed de los prados satisface.

Tu nombre, Madre mía,
De rama en rama sin cesar murmura
La brisa errante que en los prados reza.
De rama en rama, donde el ave canta
Mezcla tu nombre en su cantar sonoro.
Lo publica del ángel la garganta,
Lo escribe el firmamento en letras de oro.

Los dulces ruiseñores,
De la selva nocturnos trovadores,
Lo modulan también; en la pradera
Lo bendice la fuente,
Y cruzando la alfombra de las flores,
Hasta que llegue el arroyuelo y muera
Va cantando tu nombre la corriente.

Tú eres, oh Virgen, la ilusión querida
Que en mis sueños de amor radiante miro;
Tú la esperanza que en el pecho anida,
Lo que no cambia, en el revuelto giro
De nuestra corta vida.
Tú mi encanto, mi fe, mi amor, mi todo.....
Por Ti, reconociendo su extravío,
Con alas de ángel, del mundano lodo,
Se alza triunfante el pensamiento mío.
Y por Ti, del Edén, la suspirada
Mansión, penetrará mi alma gozosa,
A beber de la luz de tu mirada,
Y aspirar tu virtud, mística rosa.

Adiós, madre querida:
Adiós, hasta que libres y seguros
Logremos ser de la mortal tristura,
Hasta que pasen del dolor los duros
Ecos perdidos en la sombra impura.
Hasta que pueda hallar dicha cumplida
El alma que aquí llora.
Y transcurra la noche de esta vida.
¡Hasta la aurora, oh Madre, hasta la aurora!

PEDRO GIL.





EL SANTO DESIERTO CARMELITA DE SAN JOSÉ DEL MONTE

EN EL VALLE DE LAS BATUECAS

DESCRIPCIÓN, HISTORIA, LEYENDAS Y TRADICIONES

(Continuación)

DESPUÉS que vieron detenidamente el valle y se enteraron de todo, buscaron sitio donde albergarse y acomodarse, hasta tanto que empezasen las obras, y viendo unas viejas paredes de antiguas majadas de pastores del valle, las cubrieron con tablas y ramaje para guarecerse del temporal que reinaba, pues estaba el cielo tan cerrado y cargado de vapores, que en quince días no dejó de llover ni aun por las noches, siendo maravilla no pudiesen; porque aquella pobre choza, tan ligeramente construída, además de ser asaz estrecha para albergar á los tres religiosos y un mozo, la techumbre dejaba bastante que desear como cubierta y defensa para la lluvia; y las paredes, después de su vejez, eran de piedra seca sin cemento, dando así lugar á que los arroyos que bajaban desbordados de las montañas, penetrasen libremente por ellas, haciendo ilusorio el abrigo que en él buscaban.

No pudiendo dormir en tan estrecho tugurio, se cobijaban bajo el tupido ramaje de los corpulentos árboles, los cuales, una vez cargados de agua, la dejaban caer sobre los infelices Padres, con lo que hábitos y túnicas las tuvieron caladas todos aquellos días, no pudiéndolas secar al fuego, porque éste, con tanta humedad, apenas ardía ni lo podían conservar.

Cuando algún rato cesaba la lluvia, lo aprovechaban para

tomar un corto sueño, del que bien pronto los volvía á despertar la pertinaz lluvia. Su comida fué pan duro y yerbas silvestres, y la bebida agua pura, pues no tuvieron medio ni tiempo para buscar otros alimentos. De esto sacaron un provecho: y fué la experiencia de las fuerzas que la naturaleza descubre en las mayores necesidades, aunque las esconde cuando no se ofrece ocasión; ella les dió ánimo y tolerancia para llevar aquellos trabajos y otros mayores; y dejar establecida como ordinaria comida y bebida la que ellos tuvieron aquellos días, para que en adelante, continuando los ermitaños aquel principio, se contentasen con verduras campesinas, ó cuando mucho, con las legumbres y frutas que diese la huerta, sin admitir género alguno de pescados, huevos y leche, y para bebida agua sola.

Este principio tuvo aquel santo yermo, que aprobado por el Provincial y resultando tolerable para la vida humana, como lo demostraron muchos ermitaños que tan austeramente vivieron bajo dicho régimen, duró bastantes años, hasta que el Capítulo general lo moderó y redujo á las leyes comunes de los demás desiertos, con no poco sentimiento de los de esta santa Provincia.

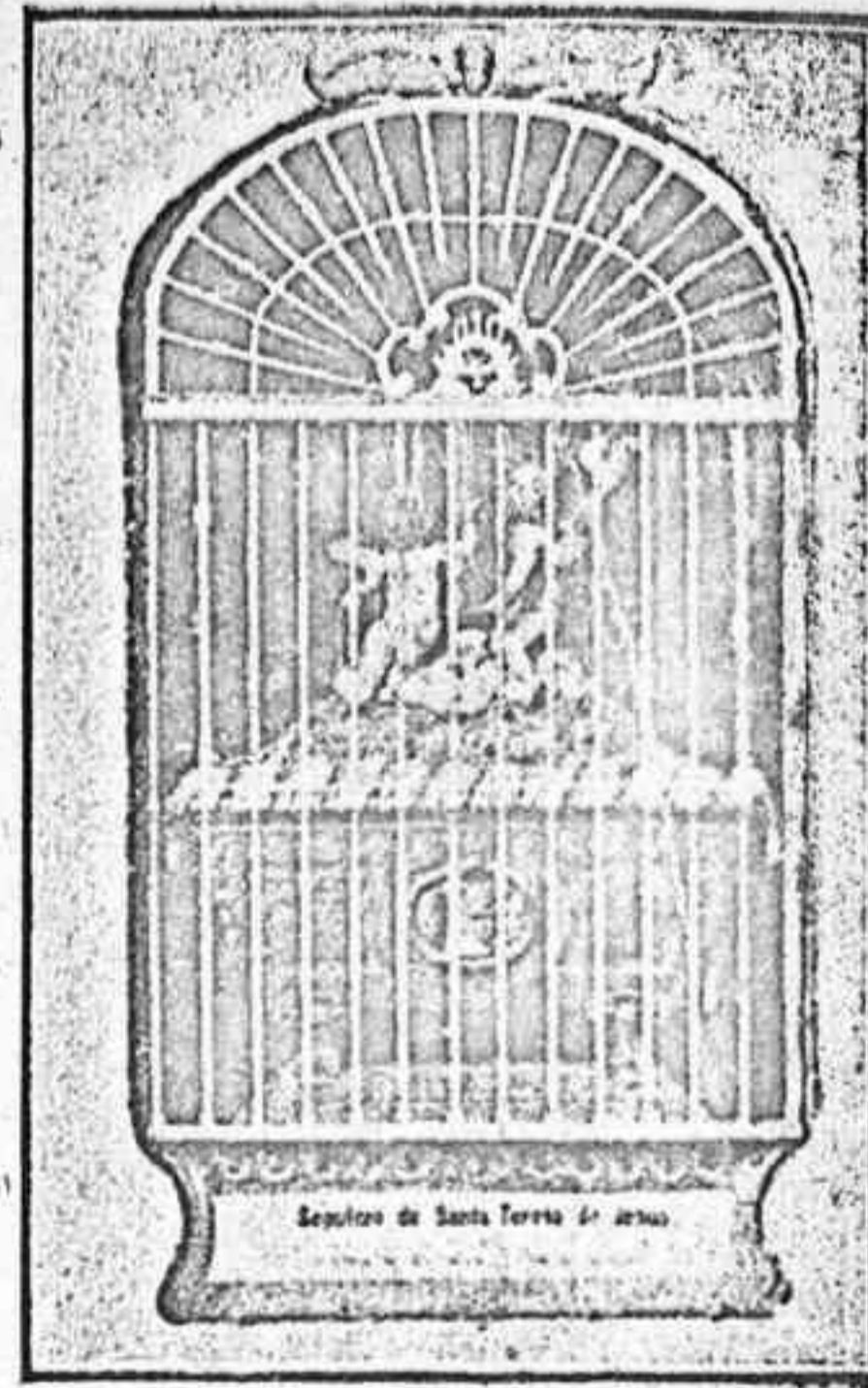
Pasado el temporal de aguas, salieron á ver el valle y examinar el sitio donde pudieran levantar mejor su vivienda provisional y el monasterio. Unos días subían los arroyos arriba, suspendiéndose á cada paso por los que venían; otros penetraban en las profundas cañadas y sombrías quebradas de las montañas; otros escalaban los pintorescos amontonamientos de rocas hasta llegar á su cima, descubriendo innumerable variedad de flores, que guardó la naturaleza para las fieras y reses de la sierra, con árboles y plantas no conocidas, que vestían de frescas é impenetrables espesuras aquellas montañas. (1).

Experimentaron cuánto bañaba el sol todo el valle; cuánto lo purificaban los aires, especialmente el ábrego que se entra por las quiebras y cañadas de las sierras más bajas, y entretenidos y admirados por la grandeza é imponente majestad de aquellas montañas, del silencio y soledad de sus seculares selvas, agradeciendo estos beneficios, no cesaban de dar gracias á Dios, que tanto bien les había guardado en el

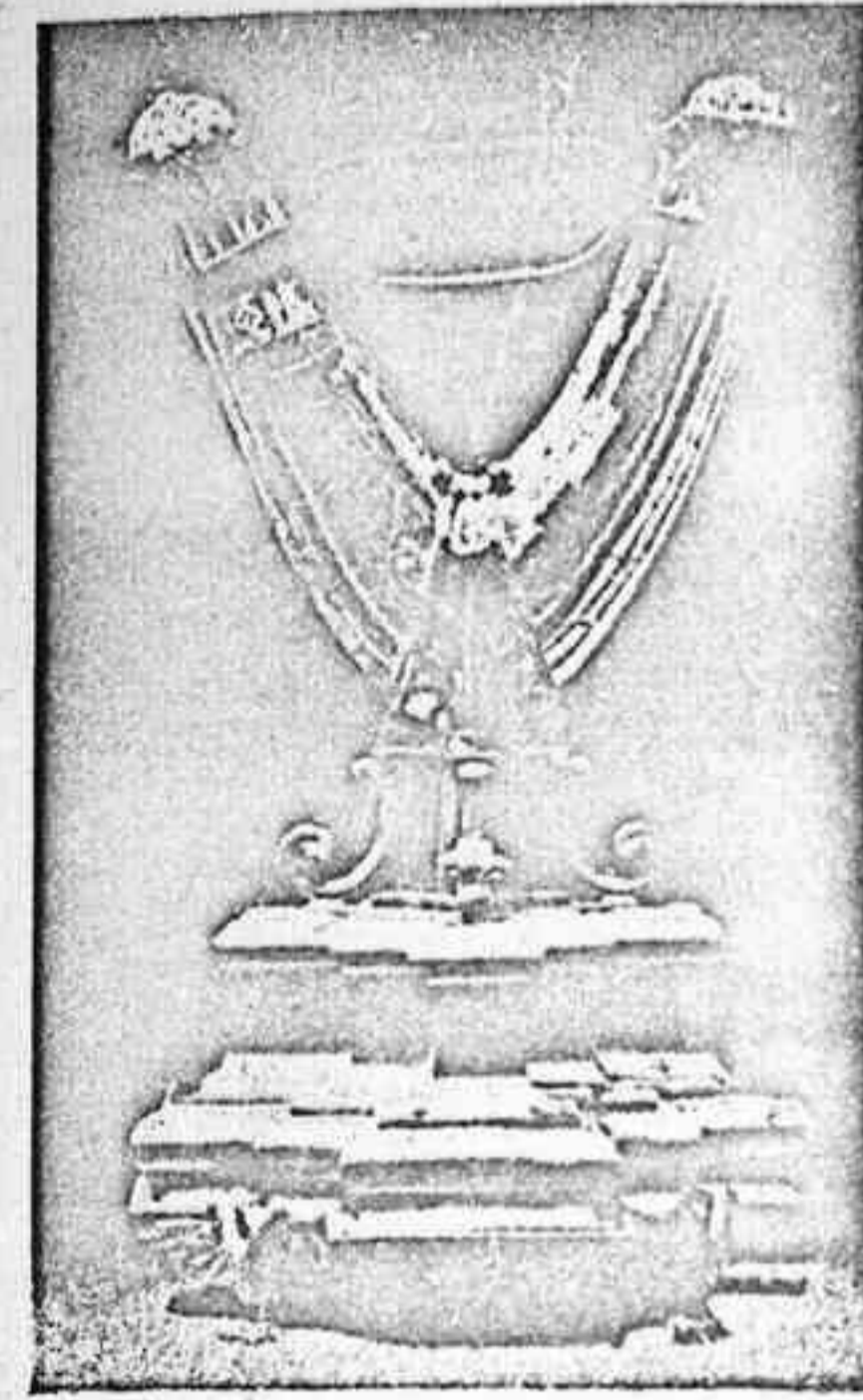
(1) *Crónica Carmelitana*, cap. XIV, págs. 219-222.



Imagen de Santa Teresa de Jesús



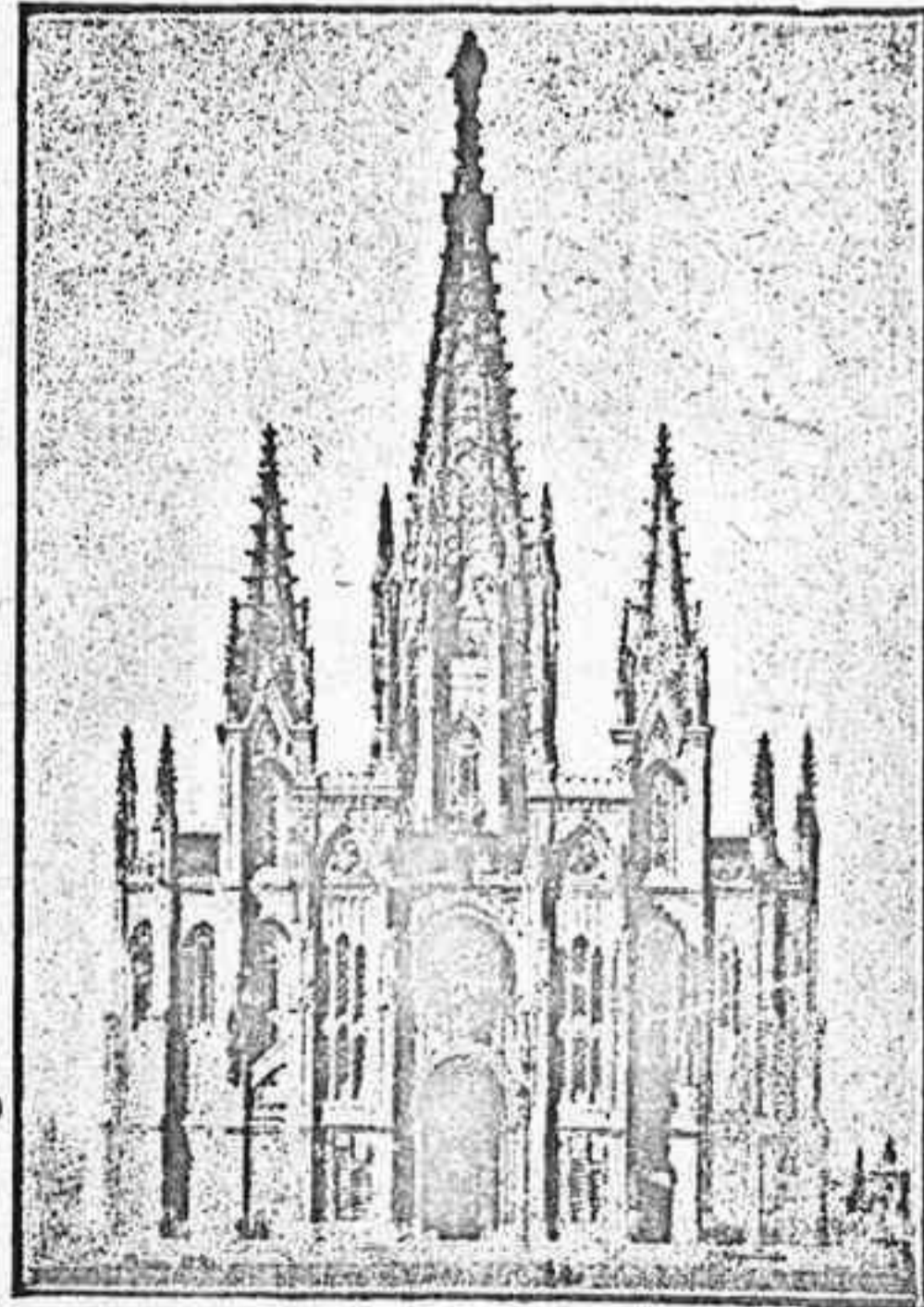
Sepulcro de Santa Teresa de Jesús



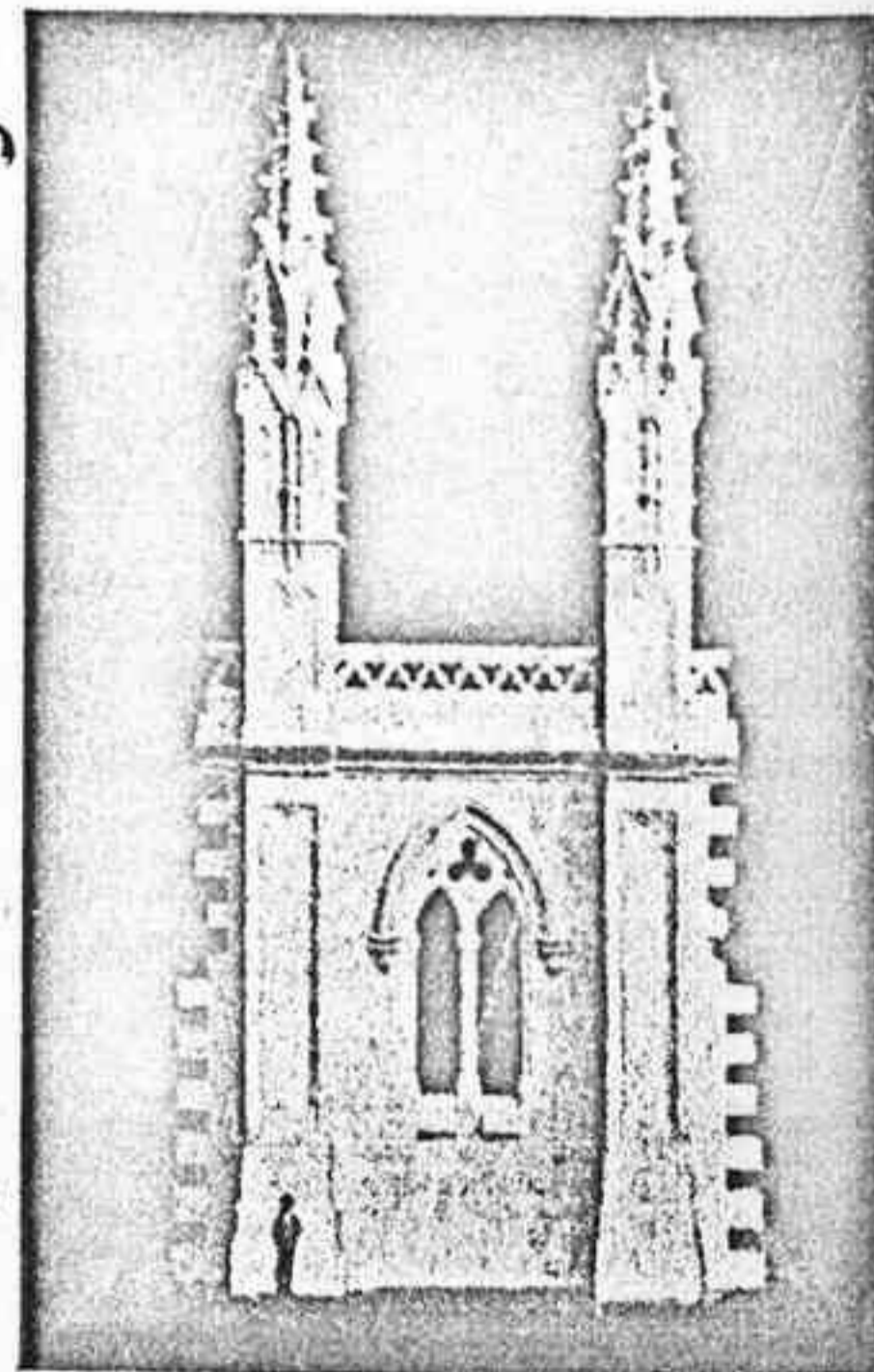
Brazo de Santa Teresa de Jesús



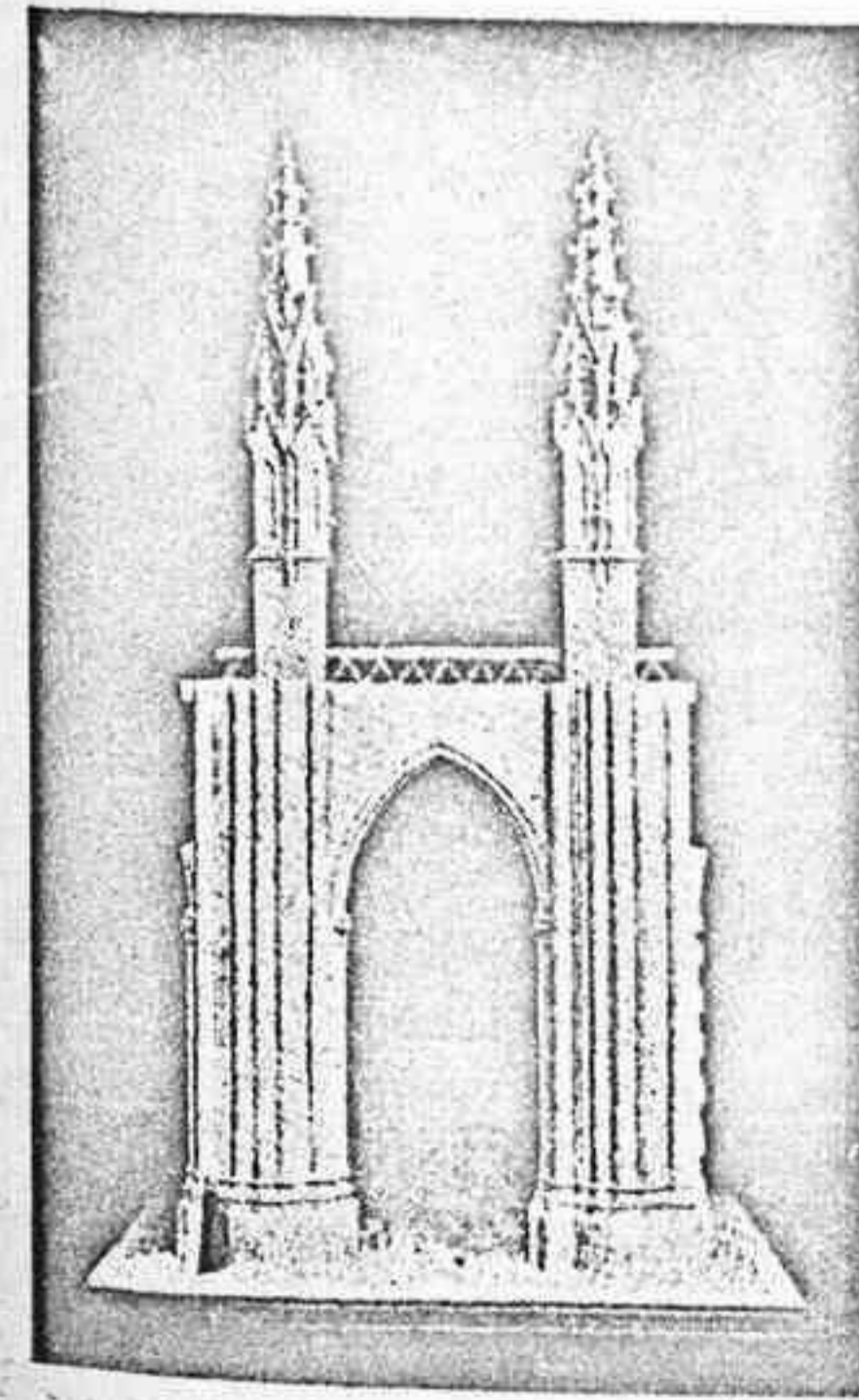
Corazón de Santa Teresa de Jesús



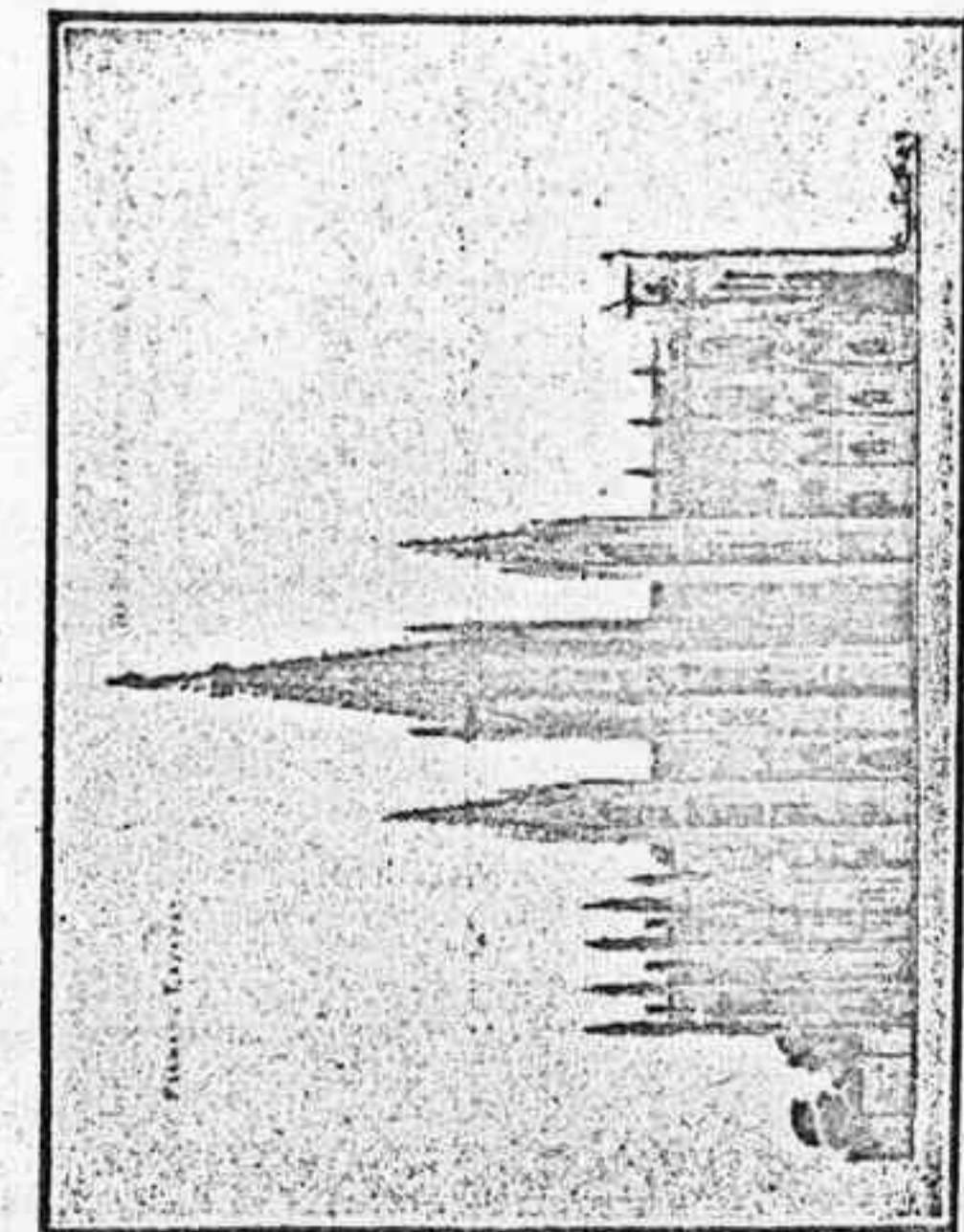
Fachada principal de la Basílica



Capilla (exterior)



Capilla (entrada)



Fachada lateral de la Basílica

corazón de una olvidada y brava sierra; é informaron mejor á su Provincia, quitándoles el temor y mala impresión que les infundieron los primeros Padres visitantes del valle.

Decididos ya á establecerse, dispusieron una pequeña casa en medio de la vega, donde no pudiese impedir la construcción del convento. Dividieron aquel pequeño y provisional albergue, en las oficinas necesarias para su estancia durante las obras de aquél; trabajaban los religiosos de sol á sol, exceptuando la hora de misa y rezo, y la oración la dejaban para la noche, por gastar entero el día en el trabajo.

Arreglada la pieza principal para oratorio, vinieron de Salamanca el P. Provincial Fr. Tomás de Jesús y el P. Rector Fr. Blas de San Alberto, y habiendo adornado el altar con lo que trajeron, y el oratorio con plantas y flores del valle, que por ser Mayo estaban con toda la fuerza de su fragancia, se celebró por el P. Director, á ruegos del Provincial y Presidente, que habían sido sus novicios, la primera misa el día 5 de Junio, para gloria de Dios, de la Virgen Santísima y de su Esposo San José, á quien por mandato del Provincial se dedicó el convento, que desde este momento quedó fundado con singular consuelo de todos.

Aunque la vega ó parte llana del valle, era de los Carmelitas, por concesión del Concejo de La Alberca, faltábales aún mucho sitio para poder fundar el cenobio con las ermitas en las colinas, montes y quebradas, en los sitios convenientes, harto distantes del convento y encerradas en una cerca común, para que los pastores y vecinos no inquietasen, ni distrajesen á los ermitaños, y éstos según su Instituto, viviesen completamente aislados y solitarios.

Cuando el pueblo de La Alberca entendió que les era necesario á los religiosos ocupar mucho mayor terreno que el que se les había dado, prevenido y amaestrado por el Regidor, que desde el principio se mostrara hostil á la fundación del convento, se alborotó é hizo una terrible y pertinaz oposición á ceder más terreno, sin querer admitir ni concierto, ni venta, ni otro modo alguno.

El Regidor (como si fuera un anticlerical de los tiempos modernos) les había hecho creer que los frailes eran públicos dañadores, que, con capa de religión, lo que buscaban era montes para criar sus ganados y empobrecerlos á ellos y á sus hijos, chupándoles á unos y á otros el pasto y la ganancia.

Desconfiando el Provincial de poder vencer tanto capricho y resistencia, fué á hablar al Duque y suplicarle fuese á La Alberca, y con su autoridad procurase apaciguarlos. Accedió el Duque, y llegando á ella, bajo pretexto de ir á visitar á la Virgen de la Peña de Francia, halló tan alborotado y exaltado el pueblo, que sin hablarles palabra, por no arriesgar su autoridad, ni responder á sus quejas y demasías, por no hacer uso del rigor, se salió de la villa y envió á decir al Provincial que por su falta de salud no podía bajar al valle, pero que en su lugar enviaba al Corregidor de Granadilla, para que le informase de lo que era menester para todas las fábricas, y al día siguiente tomó el camino para la Peña de Francia.

Los de La Alberca, azuzados por el Regidor, habían juntado todas sus mujeres é hijos en la plaza, y al pasar el Duque, con voces y gritos le pidieron que no les privase del remedio de sus hijos y del pasto de sus ganados.

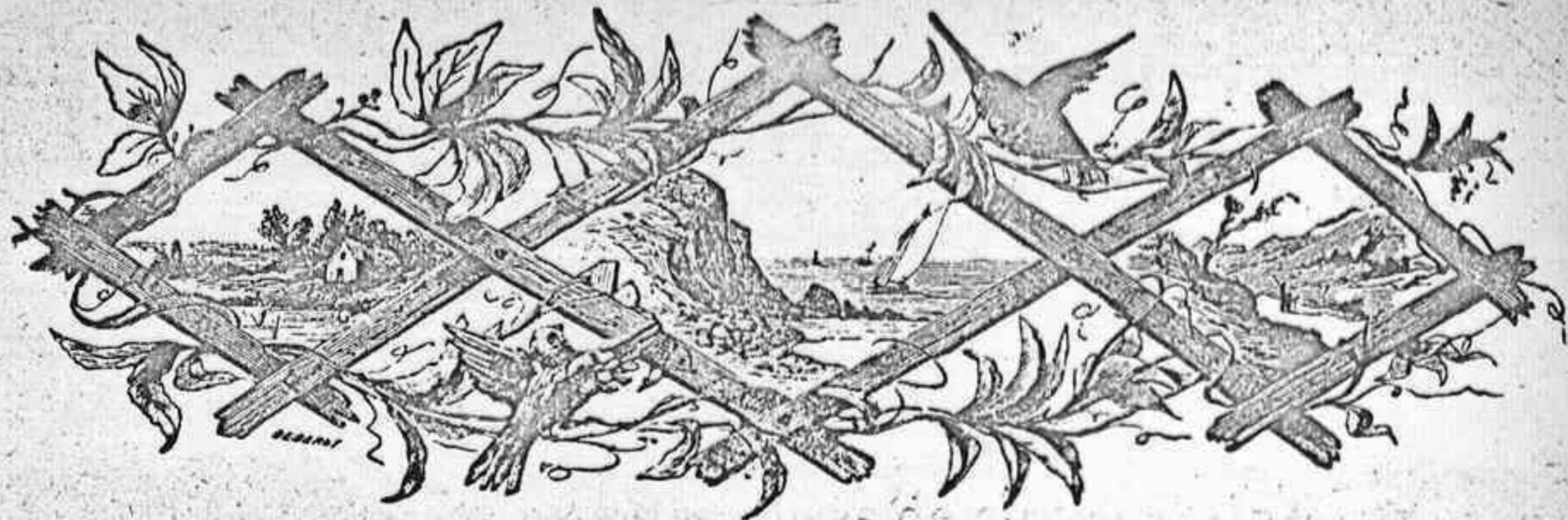
Pasó el Duque sin responderles más que allí dejaba en su lugar al Corregidor de Granadilla, con quien tenían que entenderse.

J. VAZQUEZ DE PARGA.

C. de la R. Academia de San Fernando.

(Continuará).





EL SENTIMIENTO

(CONCLUSIÓN)

NACE María, en cambio, por decreto del Sér Supremo; María fué imaginada por Dios y por Dios solamente dotada de las virtudes y encantos que la adornan; esto es, que María es la obra de la Suprema inteligencia, y, por lo tanto, la obra suprema de la perfección. Pero, obsérvese bien. Dios, naturalmente más sabio, más bueno, más perfecto, más conocedor de sus obras que todos aquellos pueblos, no crea en María una Diosa de la felicidad y de la alegría del goce de la vida, para prodigarlas á la humanidad, sino que busca en Ella la madre del dolor, la diosa del sufrimiento, la virgen de las lágrimas y de las penas, la amparadora de todos los desgraciados; en una palabra, la Madre de un Dios que desciende á la Tierra para enseñar á los hombres cómo se sufre, cómo se ama y cómo se conquista la dicha por la lucha penosa del sufrimiento; enseñando á los hombres que el trueno y el rayo no son emblemas de un Dios aparte, sino tristezas de la Naturaleza, como el dolor y la pena son las tristezas de la vida; y que para endulzarlas, para consolarlas y aliviarlas con un bálsamo divino que trajera al alma enferma los frescores de la esperanza y los consuelos de la salud, puso á María, no como Diosa de las tristezas, sino como confidente de las penas humanas, como bálsamo de las heridas que producen los errores y pecados de los hombres y que aunque Él puso en la Tierra los valles que hermosteó para goce y alegría de los seres, valles dignos por su hermosura de convertirse en Paraísos, el valle por donde cruza el camino pedregoso de la vida es un valle de lágrimas que riega la fuente del dolor, en cuyas márgenes María Inmaculada espera siempre, llena de amor y de bondad, al caminante fatigado, para saciar su sed de descanso. Por eso á Ella acuden sólo los desgraciados, los vencidos, los fracasados, los que no hallando amparo ninguno en sus semejantes, buscan en el corazón de María, lleno de la poesía del dolor, la recompensa de sus penas, que siempre llega.

Y como los heridos por la adversidad constituyen la inmensa mayoría, un continuo clamor se alza de la tierra hacia los cielos pronunciando el nombre bendito

de María. Los nombres de tantos sabios, santos, guerreros, filósofos, reyes y dignidades como albergó la humanidad, pronunciados por ella con admiración y respeto, no se repiten incesantemente, sin descanso, por todo el haz de la tierra á un tiempo, como el de esa mujer humilde y sencilla, pobre, perseguida y desgraciada, atada al potro del continuo sufrir desde la choza de Bethleen hasta la cima del Calvario; esa mujer, cuya imagen ideal nos contempla siempre desde sus altares con mirada de amor y de consuelo, con sonrisa de piedad y de esperanza. La Tierra, planeta del dolor, galeota de forzados, es su verdadero altar; en él se la adora, en él es bendecida, en él la oración del que sufre pronuncia sin cesar su nombre, y si fuera posible que alguien, separándose de nuestro globo, se colocara en un punto del espacio para ver llegar la Tierra esplendente de luz y de belleza, devorando vertiginosa su invisible trayectoria, en el silencio del espacio quedaría, como señal de su paso, una estela sonora, un rumor, un eco que llenaría el espacio sin fin. Y la Tierra pasaría ante sus ojos asombrados y se perdería allá en lo infinito, dejando en ese rumor y en ese eco, un canto de amargura y un nombre, una nota no más, nota de amor y de esperanza que iría extinguiéndose poco á poco, diciendo siempre: ¡¡María!! ¡María!.... ¡María!

Terminemos. El sentimiento es una condición esencial y universal de la vida, es para la del espíritu, como la entraña que se le atribuye como morada, el corazón, es indispensable para la vida del cuerpo. Por donde quiera que se observe se le encuentra llenando la existencia, como se encuentra el éter llenando por todas partes la materia ponderable. Como el éter, es el sentimiento necesario para el funcionamiento de la vida y, como la atmósfera, es indispensable para el goce de ella. Sin aquél, ni hay luz, ni calor, ni existen las misteriosas transformaciones de los cuerpos, esto es, todo aquello que constituye el mecanismo viviente de la Creación, como sin sentimiento no existen los impulsos de la voluntad, ni las energías del corazón, ni las sanas creaciones de la inteligencia, es decir, la vida de relación de las almas en la Tierra. Como la atmósfera es la alegría y belleza de la tierra, el sentimiento es la belleza y alegría de la existencia humana. Aquélla difunde, esparce la luz, entona los colores, acerca los horizontes, hermosea, con sus medias tintas, los contornos de las cosas; suspende las nubes en el aire derramando benéficas lluvias, y se mueve produciendo las frescas brisas. Si faltara, ¡ah! ¡Cuán triste, que sombría la creación! Un cielo eternamente negro con un lumínar muy brillante, sombras duras, lejanías invisibles, sequedad absoluta, colores sin matices, quietud de muertas, una noche, en fin, infernal y eterna. Con el sentimiento, hermoreamos todas las cosas, hechizamos la belleza, dulcificamos los dolores, agrandamos el corazón, hermoreamos el pensamiento, agigantamos el amor, producimos benéfica lluvia de caridad para el prójimo; elevamos todo nuestro sér al Sér Supremo y llenamos la vida, aun con sus asperezas, de dulce y hermosa poesía que las lime.

Sí, sentimiento y por lo tanto poesía, los hay por donde quiera que los queramos evocar, si nuestro espíritu está educado para ello; si de eso se han cuidado los que debiendo amarnos, han procurado hacernos espejo de Dios, mas bien que retratos de Satán. Poesía existe en el dolor, en el trabajo, hasta en la muerte; ella endulza las amarguras, refresca la sed de nuestras ilusiones; hace más hermosas las esperanzas, más divino el amor y hasta en la vejez, poetiza las arrugas y las canas con el culto respetuoso de los extraños y el amor entrañable de los hijos.

Campoamor aseguraba en cierta ocasión, que en la cuadra de un escuadrón de caballería existía más poesía que en un tomo entero de ellas. ¡Verdad es! Hasta el mismo campo de batalla, lleno de grandezas, pletórico de pasiones, saturado de ab-

negaciones, es un sublime cuadro de poesía. Y para terminar, evocaré aquí un recuerdo de mi vida de soldado, un cuadro, un episodio no más, espigado entre tantos como encierra, llenos de sentimiento y de poesía, ese choque, en la forma brutal, que constituye la guerra.

En un día de operaciones de la última campaña en el Norte, la fuerza de ingenieros que yo mandaba, ganaba, sucesivamente, posiciones que la permitían acercarse al objetivo que tenía marcado. En uno de estos avances, fuimos á parar á una suave hondonada, cruzada por un riachuelo que, corriendo entre piedras, parecía murmurar, con su continuo chapoteo, una oración eterna. Al separar los juncos y helechos que bordaban la margen, vimos que también por aquel sitio, lleno de paz, había pasado la guerra, pues se nos ofreció un espectáculo conmovedor, lleno, en su fondo, de sentimiento inmenso, aunque era la muerte lo que lo producía.

Sobre una gran mancha de verdín, yacía tendido, boca arriba, el cadáver de un jefe de simpática apostura aun en la triste postura de la muerte. Ancha y elevada su frente, de noble é inteligente perfil, coronada ya por la nieve prematura del otoño de la vida, un hilo de sangre manaba sin cesar del pequeñísimo agujero con que la pérfida bala había atravesado su frente cortando la vida. Su boca se contraía con una ligera mueca de dolor y de ironía, esa poesía de la vejez contrariada; retratando, tal vez, el último pensamiento brotado de aquel cerebro inteligente; el recuerdo de seres queridos y lejanos, sumidos ya en el dolor y la miseria; la conciencia de lo estéril de su muerte para el bien de los suyos y el de aquella patria tan amada, por la cual y sólo por ella hubiera dado gustoso su existencia; la visión espiritual y repentina de algún ángel, dejado allá en el hogar; el vaho de sus últimas caricias enredando su cuello con sus bracitos de rosa como celeste mortaja de aquella dicha sentenciada ya á la muerte; el rapidísimo cinematógrafo de toda una existencia condenada al sacrificio, ¡quién sabe lo que en aquella inteligencia y en aquel corazón, bruscamente anulados por el plomo, dejaría grabados el hombre que ha conocido ya los senderos escabrosos de la existencia! ¡Quién lo sabe!

Sus ojos, medio cerrados, dirigían su última mirada, sin duda alguna, á otro cadáver. Era éste el de un fornido y arrogante soldado, de cara simpática, aún imberbe, de facciones acentuadas, acusadoras de la acometividad y del valor, que cubría con su cuerpo boca abajo, casi todo el cuerpo del jefe, apoyando su barba sobre el corazón de aquél y estrechando con sus manos crispadas los hombros del primero. Del mismo ó cercano sitio del corazón, de aquel corazón sano aún, animoso, lleno de amores, de esperanzas y proyectos, brotaba también otro hilo de sangre que, resbalando poco á poco, iba á confundirse con la de su jefe, formando un mismo charco, que era todo un poema de pasión, de dolor y de heroísmo. Los ojos del bravo soldado, aún casi abiertos, velados por una angustia suprema, pero aún húmedos, tal vez por lágrimas del dolor de dejar tan pronto la vida, sin saber casi por qué la dejaba, dirigían su última mirada al rostro del jefe y parecían inquirir de la ensangrentada inteligencia del anciano, con ansia infinita de conocer el terrible misterio de aquel momento, de saber dónde volaba la vida que se le escapaba, dónde irían á parar sus nobles ilusiones, dónde volvería á ver el humo de la aldea, á oír el repique de la esquila, á abrazar á aquellos pobres viejos que, al echar por última vez sus brazos sobre él, le echaban también la mortaja de la muerte.

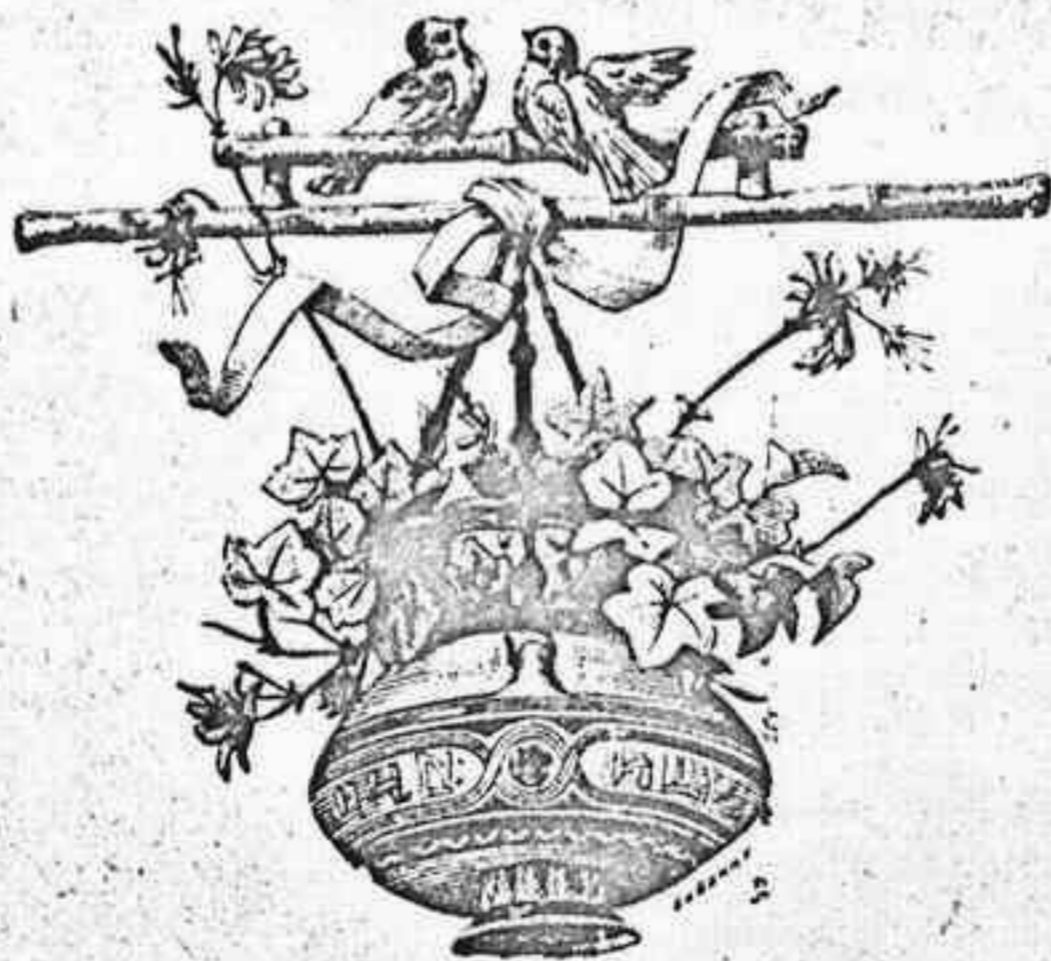
Y así, contemplando el viejo, con la tenaz mirada de la muerte, cómo se desangraba el corazón del joven, y mirando el joven con aquella angustiosa mirada de asombro, desangrarse el cerebro del jefe; colocados en aquel presente terrible á partir del cual pensaba el viejo en el pasado y en el porvenir se aferraba el joven,

¡qué debieron decirse, en los últimos instantes de la vida, aquel cerebro y aquel corazón! ¡Qué sublime razonamiento, qué desesperada razón confundió en un solo dolor, en una sola conformidad y en una sola oración aquellas dos almas que se escapaban juntas, como juntas se confundían en el charco la sangre generosa de sus cuerpos! Y esa espantosa y sublime escena, allá en la charca solitaria y olvidada; sin otro testigo que la bóveda azul, llena de luz y de alegrías, sin más oración que el indiferente rezo del agua que corría; sin otro responso que el estampido del cañón que anunciaba desde lejos el fragor de la batalla y el sacrificio de otras vidas.

Yo no pude ver allí la muerte solamente; no; ví á aquel compañero á cuyo cáver servía de losa un corazón, un soldado, un retrato de la Patria con todas sus abnegaciones y heroísmos; ví allí un epitafio, una leyenda sublime, y al abandonar aquel lugar para seguir mi camino, volví la vista al grupo conmovedor que allí quedaba y volví el alma á Dios para decirle: «Si me has de dar una muerte así, pon sobre mi cuerpo una losa como esa y escribe sobre ella ese mismo epitafio».

CASTOR AMÍ.

Agosto 1906.





AVANZANDO



mi amigo Pepe Durán estaba empeñado en que fuese yo un día con él á visitar las obras de la Basílica; y yo, aunque le había dado palabra de complacerme en complacerle, ahora por un motivo, luego por otro, lo iba defiriendo con una demora ya excesivamente perezosa y prolija.

Una tarde, á eso de las tres, topé de manos á boca con mi buen amigo en la calle de la Rua, y el saludo fué el usual:

—¿Cuándo quiere usted venir conmigo á ver las obras?

—Cuando pueda. Tengo ardientes deseos de recrearme en su contemplación.

—¿Qué tiene usted que hacer hoy?

—Hoy..... pues..... nada; descansar de mi viaje á Ledesma.

—¡Ah! Muy bien; pues un viaje se cura con otro viaje. A la estación voy; véngase usted conmigo.

Aquello me cogió como una rociada imprevista.

—Pero, por Dios..... ¡Si estoy fatigado!

—Descansa usted en el camino.

—¡Si estoy hecho un adefesio...!

—Tiene usted tiempo de irse á preparar.

—Pero...

—Nada, nada. Prepárese, que para allá voy con el coche. Aprisa; que apenas nos queda tiempo.

Y rendido, subyugado, fascinado por la amable insistencia, torcí calle abajo hacia Calatrava, me arreglé un tanto, y..... el coche á la puerta. Esto va á ser el viaje relámpago.

Llegar, tomar el billete, montar y salir, fué cuestión de un instante. Y casi cuestión de otro instante fué llegar á Alba de Tormes.

Haría la friolera de año y medio que no pasaba yo por la villa. Tengo allí numerosos amigos que me estaban á la continua invitando, y no menos numerosos recuerdos que me estaban atrayendo; ni á unos ni á otros había podido atender en ese transcurso de tiempo.

Las faenas del año escolar habían sido hartas de número y de interés, para dejarme espacio á distracciones, legítimas sí, pero de todo punto imposibles.

Ya estaba allí, aunque de refilón y sólo por unas horas. Las aceñas rumorosas, las arboledas tupidas, los tajados pizarrales, el puente viejo y tenaz..., visiones acariciadoras de mi niñez afortunada, resurgís á mi vista con nueva vitalidad. Yo os amé desde la infancia, porque arrullásteis las ilusiones nacientes de mi vida, porque recogísteis en los pétalos de vuestras flores las primeras lágrimas de mi sentir, porque formásteis el marco severo de una Santa á quien aprendí á venerar en el regazo de mi querida madre. Os vuelvo á ver con singular cariño, porque hallo en vuestro ambiente auras desconocidas de grandeza, de majestad, de augustez regia. Alba, mi querida Alba tornará á ser grande, porque es grande la mano que ha tenido compasión de sus pretericiones. No merece menos el tesoro que encierra.

¿Os acordáis de aquella plazoleta irregular, mezquina, despreciable, que formaban á la entrada del puente unos cuantos tabucos con alardes de hospedería ó con bandera de tabernas? Quien fuera á la villa ducal alucinado por los nombres ilustres del gran Duque y de la gran Santa, que llenaron en el siglo XVI, aquél la historia militar y ésta la historia religiosa de toda la centuria, sentiría una amarga desilusión al encontrarse con el proscenio de ruindad que se presentaba á la mirada primera del viandante. En nombre de la devoción, en nombre de la estética, en nombre de la urbanía más trivial, aquello pedía una piqueta.

Cuando pasó por Alba aquel hombre extraordinario que se llamaba P. Cámara y con su poderoso pensamiento trazó la suntuosa fábrica, destinada á albergar las sagradas reliquias de la insigne Reformadora del Carmelo, de lleno entró en su plan aislar la ingente Basílica de aquellas cercanías ruines,

derribando cuanto fuese menester, para que el emplazamiento resultara gallardo, y el grandioso templo dominase señorialmente la incomparable perspectiva de la vega del Tormes, abrochada allá en lontananza con la cadena de blanca nieve que corona la sierra de Béjar. Para realizar aquella idea ¡cuánto dispendio! ¡cuánto sinsabor! ¡cuánto obstáculo... por los mismos que ayer vitoreaban á Santa Teresa, por los que se llamaban sus herederos, por los que se preciaban de ser sus devotos! Otro que el P. Cámara, verdadero legítimo heredero del espíritu invencible de Santa Teresa, se hubiera rendido á las pesadumbres y hubiera dejado en cimiento lo que soñó ver en fausto coronamiento.

Mucha parte de las viviendas feas desapareció al paso del Padre Cámara; lo que restaba, ha desaparecido al paso de la Srma. Sra. Infanta D.^a Paz de Borbón, continuadora voluntaria de la gigantesca empresa que se consideraba ya condenada á indefinida interrupción.

Hoy ya se ve allí espacio, aire, magnificencia de conjunto. Alba ha ganado muchísimo, no sólo en realce espiritual, sino también en urbanización... Y más irá ganando, si es cortés y agradecida, á quien se ha propuesto restaurar el brillo de sus blasones.

Mi amigo Pepe me distrae de mi embebecimiento contemplativo.

—¿Le gusta á usted la idea de limpiar toda esta manzana de casas y dejar la Basílica desbrozada de semejantes turgurios?

—¡Hombre, por Dios! ¿No me ha de gustar? ¿Iban ustedes á vestir una reina, sin antes quitar sus cadenas? A mí, cuando se trate de dar á un edificio, lo mismo que á una persona, luz, campo y libertad, no hay que preguntarme. Son la identificación de mi alma.

—Nos ha costado un dineral la expropiación.

—¿Y qué? Todo lo vale el placer de una mirada al panorama que en adelante ofrecerá la Basílica.

¿Ibamos á dejar andrajos á los pies de Santa Teresa?

Seguimos el paseo. Bordeando la muralla exterior de la obra subimos una rampa, que nos puso bien pronto al lado de las dos capillas laterales que se están concluyendo en la nave derecha del templo.

En la explanada del recinto, donde apuntan ya con visible

armonía arquitectónica los elementos de la maravilla ojival, planeada por el Sr. Repullés, trabajan esparcidos, con adecuada distribución, un número de obreros, no tan crecido como sería de desear, pero suficiente para que en períodos proporcionales se vea ascender la fábrica y delinearse la forma interior de la sagrada construcción.

La impresión general no es fácil que yo la describa.

Cuando se hablaba de la empresa en sí, el alma se engrandecía; cuando se recordaba la escasez de recursos, el alma se entristecía; cuando se observa el incesante crecer de aquellas columnas, el alma se embelesa y se asombra. ¿Cómo el sueño mágico se va convirtiendo en bellísima realidad?

Hoy no estoy para discurrir. Tienen mis ojos bastante materia de encanto en la pura contemplación de este bosquejo...

Contemplemos, contemplemos. . Yo os invito á visitar las obras... Placer de asombro, placer de devoción, placer de inefable esperanza... ¡El aliento de Santa Teresa está allí!

ANDRÉS A. POLO.





Fiesta de la Transverberación. — De año en año se advierte crecer el entusiasmo popular por esta hermosa festividad, en que se conmemora el hecho milagroso de haber sido Santa Teresa traspasada en el corazón por un dardo simbólico de oro y agregada en carne mortal al coro de Serafines por su encendido amor hacia el Rey y Señor de todas las jerarquías celestiales.

En Salamanca, desde que el llorado y por cien títulos ilustre P. Cámara tomó sobre sus hombros la magna empresa de glorificar á la Reformadora gloriosa del Carmelo, y fué estableciendo en ciudades, en villas y en aldeas esas juveniles asociaciones teresianas, que ahora, salvo excepciones laudables, parecen amortiguarse al soplo de extraña frialdad, las bellas señoritas salmantinas, agrupadas en torno de la radiante figura de Santa Teresa, rivalizaban en ingenio por ampliar la suntuosidad de los cultos, y tenían su organización típica, su coro, sus festejos, sus procesiones, todas de un atractivo incomparable para el pueblo de Salamanca.

Era cosa de ellas, alto ideal, juventud viva, florida expresión de sus almas enamoradas de otra alma grande y deslumbrante de esplendor.

La Asociación Teresiana trasladó su domicilio cultural desde la parroquia del Carmel: á la Magdalena. Los Rdos. PP. Carmelitas dieron nuevo impulso y calor vivificante á la piadosa institución, y hoy podemos decir que está asegurada no sólo su vida perenne, sino también su creciente prosperidad.

No hay más que recordar los cultos, sobremanera solemnes, celebrados por las distinguidas asociadas á su insigne Titular.

El altar, cuajado de flores y de luces; el templo, rebosante de jóvenes de todas las clases sociales unidas por un mismo pensamiento, una misma aspiración y un mismo atractivo; la música, deleitando los espíritus con sus armonías de inefable arrebató; el incienso, brotando en espirales azulinas y llenando el sagrado recinto de auras de placer, añoranzas del cielo y exquisiteces de arte sobrenatural. Y allí en el comulgatorio la veste pontifical del Rdmó. Prelado, que repartía el pan de los ángeles á cientos y cientos de fervorosas teresianas, que agradecían con su rostro de apacible sonreír la distinción de su Obispo y alzaban á Santa Teresa una plegaria íntima por él, por su diócesis y por su Basílica.

Trasládese nuestra mirada á la villa ducal de Alba de Tormes. Reproducción del mismo cuadro, con la sola variante de los dibujos. Y la Santa — como la llama cariñosamente el pueblo — la Santa, paseando espléndida, risueña, triunfadora, por las calles de la población, bendiciendo y siendo bendecida por los millares de aldeanos que han acudido á verla, á saludarla, á besar su peana, según la costumbre inveterada de todos los años.

El Municipio de Alba busca alicientes de su flamante feria con programas

de selecta amenidad. Poco á poco va despertando la villa. Yó me atrevo á pedir que no se duerma en el camino de su regeneración.

Santa Teresa merece en torno suyo un pueblo culto, laborioso, progresivo, de grandes alientos y de fecundas realidades, ¡Así era ella!

* * *

La Basílica en la Exposición regional de Salamanca.—Las ferias de Salamanca han tenido este año una nota brillante: la Exposición regional.

La importancia de este espontáneo resurgir de la agricultura, la industria y el arte castellanos se ha demostrado por las magníficas instalaciones realizadas con la infinidad de productos presentados. Al penetrar en el edificio recién construído del Mercado es deslumbrador el efecto producido por los numerosos objetos acumulados en perfecta simetría. Nosotros vamos admirando minuciosamente las distintas secciones, y nos detenemos ante una instalación que, desde luego, produce en nuestros ojos una fuerza atractiva irresistible. Allí, en poco espacio, hay mucho que ver; y es, además, algo que nos atañe de modo especial.

Colocados con exquisito gusto entre varios jarrones de flores se exhiben los planos en color de la Basílica de Alba de Tormes, obra relevante del arquitecto ilustre Sr. Repullés. No somos nosotros los llamados á señalar el mérito extraordinario de unos dibujos que en la concurrencia á dos exposiciones han obtenido, en la Universal de París, medalla de plata; y en la de Nobles y Bellas Artes de Madrid, medalla de oro.

Son algo grande, como el pensamiento mismo, como la Santa festejada, como la egregia augusta persona encargada de la colosal empresa.

Los visitantes de la Exposición se recrean largo tiempo en la contemplación de los magníficos bocetos.

Hay, además de los dibujos, una miniatura en escayola de las capillas laterales, cuya terminación de dos de ellas se anuncia para próxima fecha y su inauguración para la festividad de Santa Teresa del presente año. Lindísima y acabada es la pequeña reproducción con sus torrecillas, sus capiteles y su vidriería de colores. Abajo se observan modelos en yeso de molduras, adornos capitulares, arranques de columnas, etc., etc. Y esparcidos en la alfombra del pavimento varios ejemplares de la revista *LA BASÍLICA TERESIANA*, de singular perfección tipográfica, que honran mucho á la Imprenta de Calatrava y á su activo y competentísimo regente, Sr. Pérez Criado.

La idea ha partido de la Srma. Sra. Infanta D.^a Paz; la realización se debe al infatigable y cultísimo administrador de esta obra, Sr. Durán.... Que me excuse la modestia de ambos, si desde aquí les tributo un sincero parabién, no tan meritorio como el aplauso de los numerosos concurrentes que visitan y admiran los maníficos planos de la gran Basílica, que ojalá veamos todos coronada de feliz éxito.

* * *

Acuerdo plausible.—Copiamos de nuestro estimado colega *El Lábaro*:

“Firmes son los acuerdos del Ayuntamiento de dar el nombre de calle del P. Cámara á la de San Pedro; de Sánchez Llévot á la de Corona; de don Vicente Manterola á la de las Ninfas; Avenida de las Infantas D.^a Paz de

Borbón y D.^a María Teresa á la plazuela puerta del Río. y á la de Alcázar calle de la Marquesa de Squilache.

Todo esto en recuerdo y memoria de estos nombres beneméritos, que tanto cariño nos mostraron y en agradecimiento de los servicios y favores que han hecho y están haciendo á la villa y á nuestra Santa, á Santa Teresa de Jesús El vecindario lo tenía pedido, si no por escrito, de palabra; y aplaude se hayan tomado estos acuerdos, que eran necesidad sentida, deseos del alma, manera de mostrar agradecimiento de toda persona bien criada..

Por lo que toca á las S^{ras}. Infantas y á la Exc^{ma}. S^{ra}. Marquesa de Squilache, agradecen, cuanto vale, la deferencia del Ayuntamiento de Alba, y tendrán en adelante un incentivo más para proseguir su obra de engrandecimiento de la villa teresiana, siempre contando con la unánime adhesión de los albenses, con cuyo interés está de veras compenetrada la augusta familia.

* * *

Regreso de los Infantes. -La prensa de la Corte nos transmite la noticia de haber regresado á Madrid los S^{mos}. Infantes D.^a María Teresa y D. Fernando.

Su estancia en Munich ha llenado aquel hogar cristiano de encantos familiares, realizados con el cariño de un ángel, en quien la Infanta D.^a Paz ve perpetuarse la gloria de su nombre y la bondad de su alma.

Seguramente que S. A. tendrá ya nuevas páginas de íntima suavidad que añadir á las ingenuas y untuosas de su vida, entregada por igual á Dios, á la familia y al arte.

* * *

Peregrinación bilbaína. -Estuve en Alba en las fiestas de la Transverberación La animación de la villa me hizo el efecto de alguien que intenta sacudir la losa de la inercia y forcejea trabajosamente por restituirse al ambiente de la vida.

Alba, en efecto, tiene conciencia de que revive, y de que revive por la Basílica. Por eso habla de ella con respeto, con simpatía y con gratitud

Cuanto se relaciona con su Basílica les va interesando. Tantas personas saludé, tantas me hablaron de la próxima solemne peregrinación bilbaína con indecible entusiasmo. Deseamos que vengan los devotos teresianos de la noble Euskeria. Alba sabrá recibirlos con la cortesía, propia de los castellanos, que ostentaron motes de hidalguía en su escudo.

Y de Bilbao nos dicen que el fervor crece, que aumenta la ansiedad por visitar el sepulcro venerado de la insigne Santa española. El acontecimiento promete ser grandioso.

Bilbaínos..... ¡Aurrerá!

* * *

Repullés en Salamanca. -El inteligente y generoso arquitecto de la Basílica ha estado entre nosotros. La obra de sus amores tiene para él un atractivo constante que le hace menudear sus viajes para visitarla y encariñarse de refresco con su impulso. Reciba nuestro saludo afectuoso y nuestro parabién por el progreso de la construcción que tan atinadamente dirige.

* * *

Carnet teresiano.—El ingenioso administrador de la Basílica, y alma de la instalación de que arriba hacemos mérito, Sr. Durán, ha tenido la feliz ocurrencia de extender un carnet de propaganda, que reparte profusamente á los visitantes de la Exposición regional de Salamanca. Es una especie de álbum, en cuyo anverso van grabados de Santa Teresa, su sepulcro, brazo y corazón, fachadas principal y lateral de la Basílica y vistas exterior é interior de las capillas que se van á inaugurar.

En el reverso lleva un prospecto general de la idea, que tenemos el gusto de reproducir:

“La erección de un grandioso monumento en honor de Santa Teresa de Jesús en la villa de Alba de Tormes (Salamanca), lugar donde se conserva su santo cuerpo y transverberado corazón, era cuestión de honra para nuestra patria. Puso todo su empeño para conseguir tal objeto el insigne é inolvidable Prelado salmantino, Rvdo. P. Cámara, encargando los planos á que había de ajustarse la construcción al ilustrado y competente arquitecto D. Enrique María Repullés y Vargas, quien con un desinterés digno de alabanza tradujo admirablemente el pensamiento del llorado Obispo en hermosos dibujos, que son la admiración de cuantos los contemplan. La pérdida del P. Cámara hizo temer la paralización de los trabajos comenzados, pues verdaderamente hacia falta un alma tan grande como era la empresa acometida, que sin vacilaciones y sin temor á las dificultades, trabajos y contrariedades que pudieran presentarse, se pusiese á la cabeza del movimiento que con tal motivo se había iniciado

Se trataba de perpetuar más y más la gloria de una mujer extraordinaria, que con su vida y escritos se había abierto ancho campo en el mundo entero, cruzando su nombre las fronteras y atravesando los mares; traduciendo y reproduciéndose sus libros en Europa y América; llenando con sus ideas y claras luces el siglo XVI; mereciendo por sus virtudes y méritos extraordinarios ser colocada en los altares y nombrada patrona de España por las Cortes del Reino en 1617 y 1626..... y bien pronto una egregia dama, la Infanta D.^a Paz, alma grande y templada en las luchas de la vida. apercibida del riesgo que corría el proyecto del P. Cámara, solicitó ponerse al frente de los trabajos, poniendo sus nobles sentimientos, poderosa inteligencia y magnánimo corazón al servicio de Santa Teresa. trabajando sin descanso para ver de que se realice en plazo no lejano el proyecto de construcción de la Basílica de Alba de Tormes, que será una nueva joya arquitectónica digna de admirarse en este rincón de Castilla, célebre ya por los innumerables monumentos que atesora; ideas que secundan las mujeres españolas, dirigidas hábilmente por Su Alteza Real la Infanta D.^a María Teresa, entusiasta protectora de la Basílica Teresiana.,.

Tren directo.—Se propone formarlo de Madrid á Alba la compañía ferroviaria de M. C. P. y Oeste de España para el día 15 de Octubre, fecha designada para la inauguración de la primera capilla.

Necrología.—Nuestro celoso delegado en Segovia, D. Gabriel Pérez, ha pasado por la desgracia de perder á su buena hermana.

Acompañamos en su hondo sentimiento á nuestro distinguido amigo, y rogamos á los lectores de LA BASÍLICA una oración fervorosa por el alma de la virtuosa finada —R. I. P.

DONATIVOS PARA LAS OBRAS DE LA BASÍLICA EN ALBA DE TORMES

	<u>Pesetas Cénts.</u>	
De Mme y Mr. Servant.....	10	»
» D. ^a Casimira Estivales, Tesorera de la Teresianas de Madrid...	169	»
Enviado por las MM. Carmelitas de Alba de Tormes:		
Recogido en los cepillos de su iglesia.....	26	»
Por conducto del Padre Atanasio (Carmelita).....	2	»
Varias personas devotas.....	7	»
Las MM. Carmelitas de Valencia.....	30	»
Id. id. de Palencia.....	30	»
De la Sra. Vizcondesa del Parque.....	25	»
Enviado por D. Gabriel Pérez, Delegado de Segovia:		
De D. ^a Andrea Torre.....	4	75
» » Victoriana Santos.....	4	»
» » Basilia del Toral.....	4	25
Del Sr. Cura párroco de Añe.....	2	»
De D. Rufino Asenjo.....	2	»

El Sr. Villauna ha regalado un décimo de la Lotería nacional de cinco pesetas para el sorteo que ha de verificarse en Madrid el día 20 de los corrientes, cuyo número es el **20.741**.